

Gregorio de Nisa

SOBRE LA TRINIDAD

como quiera que la auténtica doctrina sabe discernir alguna distinción de Personas en la unidad de la naturaleza¹, y con el fin de evitar que, al luchar contra los paganos, nuestro razonamiento se vea poco a poco arrastrado al judaísmo, convendrá corregir de nuevo el error sobre este punto sirviéndonos de una hábil distinción.

I *Dios como palabra*

Efectivamente, ni siquiera los que son ajenos a nuestra fe conciben la divinidad sin Verbo, y esta coincidencia explicará con suficiente claridad nuestra doctrina. Realmente, quien está de acuerdo en que Dios es impensable sin Verbo tendrá que conceder expresamente que tiene Verbo quien de él no carece. Ahora bien, la palabra humana se expresa también con el mismo término. Por consiguiente, si el adversario declara que concibe el Verbo de Dios de manera semejante a nuestro verbo, entonces se le podrá conducir a una concepción más elevada.

En efecto, es de todo punto necesario creer que el Verbo, como todo lo demás también, se corresponde

con la naturaleza. Y es que en el hombre se distingue cierta potencia, de vida y sabiduría, y sin embargo, nadie pensaría, por razón de esta semejanza de términos, que la vida, la potencia o la sabiduría son de la misma categoría en Dios, sino que el sentido de tales nombres se abaja hasta el nivel de nuestra naturaleza, pues, como quiera que nuestra naturaleza es corruptible y débil, por lo mismo nuestra vida es caduca, nuestra potencia inconsistente y nuestra palabra remisa. En cambio, en la naturaleza suprema, todo lo que de ella se predica se ajusta a la grandeza del sujeto contemplado. Por consiguiente, cuando se habla del Verbo de Dios, no se ha de pensar que su consistencia reside en el impulso de la voz, y por ende que se convierte en algo sin existencia real, a la manera de nuestra palabra; al contrario, lo mismo que nuestra naturaleza, por ser caduca, tiene la palabra caduca, así también la naturaleza incorruptible y perdurable tiene el Verbo eterno y substancial.

II

El Verbo y la vida

Si pues, siguiendo la lógica del razonamiento, se admite que el Verbo de Dios subsiste eternamente, será de todo punto necesario aceptar que la substancia del Verbo posee vida, pues sería sacrílego pensar que el Verbo subsiste inanimado, como las piedras. En cambio, si subsiste en tanto que ser inteligente e incorpóreo, es que posee vida absolutamente², mientras que, si se le separa de la vida, no subsiste en absoluto. Ahora bien, ya hemos demostrado ser impío el pensar que el Verbo de

Dios carece de substancia. Por consiguiente, en buena lógica, se ha demostrado a la vez que a este Verbo lo consideramos vivo. Si, como es probable, además creemos que la naturaleza del Verbo es simple y no presenta en sí misma doblez ni composición alguna, nadie considerará ya que el Verbo vive porque participa de la vida, ya que tal concepción, al decir que lo uno está en otro, implica composición, y en cambio, si se reconoce la simplicidad, se hace de todo punto necesario pensar que el Verbo es la vida misma en sí, y no participación de la vida.

III

Poder del Verbo

Por tanto, si el Verbo vive porque es la vida, también tiene en todo caso el libre albedrío, ya que ningún ser vivo carece de albedrío. Ahora bien, santo y bueno será considerar que lógicamente este libre albedrío es además poderoso, puesto que, de no reconocer el poder, habría que suponer necesariamente la impotencia.

Sin embargo, lo cierto es que nada hay más lejos del concepto de la divinidad que la impotencia. En efecto, respecto de la naturaleza divina no se admite la menor disonancia, sino que es absolutamente necesario convenir en que este poder del Verbo es tan grande como lo es su voluntad, y así evitar que en lo simple se considere cualquier mezcla y concurso de contrarios, pues en la misma voluntad se contemplarían la impotencia y el poder, si en unas cosas tuviera poder y en otras fuera impotente. Y como quiera que el libre albedrío del Verbo lo puede todo, no tiene en absoluto inclinación a mal alguno, puesto que la inclinación al mal es ajena a la naturaleza divina. Al contrario, quiere todo cuanto hay

de bueno; y si lo quiere, lo puede absolutamente; y si lo puede, no se queda inactivo, sino que transforma en actos toda su voluntad de bien.

IV

El Verbo creador

Ahora bien, el mundo es algo bueno, y todo cuanto hay en él está contemplado con sabiduría y con arte. Por consiguiente, todo es obra del Verbo; del Verbo que vive y subsiste, porque es el Verbo de Dios; y dotado de libre albedrío, porque vive: puede hacer todo lo que elige hacer, y elige todo lo que es absolutamente bueno y sabio, y cuanto lleve la marca de la excelencia.

Así, pues, se reconoce que el mundo es algo bueno, y por lo dicho se demostró que el mundo es obra del Verbo, del Verbo que elige el bien y que puede obrarlo. Ahora bien, este Verbo es distinto respecto del que se dice ser Verbo, pues, efectivamente, de alguna manera esto pertenece a la noción de «relación», ya que es absolutamente necesario sobreentender junto con el Verbo al Padre del Verbo. Por consiguiente, si la mente de los oyentes, gracias al término de relación, distingue al Verbo mismo y a Aquel de quien procede, ya no correremos el riesgo de que, por combatir las opiniones de los paganos, el misterio se avenga con los secuaces de las doctrinas judías, sino que, por el contrario, igualmente escaparán a la sinrazón de los unos y de los otros, al confesar que el Verbo de Dios es vivo, activo y creador, cosa que el judío no admite, como tampoco el que el propio Verbo no difiere por su naturaleza de Aquel de quien procede.

V

El Verbo crea al hombre

Efectivamente, decimos que en nosotros la palabra procede de la mente, y que no es del todo igual que la mente ni del todo diferente, porque es cierto que de ella procede, pero es otra cosa y no lo mismo; por otra parte, el hecho de que sea manifestación de la mente no autoriza a concebirla como distinta de ella, sino que, aun siendo una sola cosa por su naturaleza, se distingue de ella en cuanto sujeto. Pues lo mismo ocurre con el Verbo de Dios: por el hecho de subsistir por sí mismo, se distingue de Aquel de quien tiene subsistencia, mas, por el hecho de manifestar en sí mismo los atributos que contemplamos en Dios, se identifica por naturaleza con el mismo que nos da a conocer dichos atributos. Efectivamente, si la bondad, el poder, la sabiduría, la eternidad, la imposibilidad de admitir el mal, la muerte y la corrupción, así como la perfección en todo y cualquier otro atributo se convierten en otros tantos signos distintivos de la idea del Padre, esos mismos signos servirán para reconocer al Verbo, que del Padre recibe su subsistencia.

VI

El Espíritu de Dios

Sin embargo, igual que hemos conocido al Verbo procediendo analógicamente desde las cosas que son nuestras hasta su naturaleza suprema, de la misma manera nos acercamos a la noción del Espíritu contemplando en nuestra naturaleza ciertas sombras e imitaciones de la inefable potencia. Ahora bien, en nosotros el espíritu es la atracción del aire, un elemento extraño inhalado y expelido por necesidad para la consistencia del

cuerpo y que, precisamente al ser expresada la palabra, se convierte en voz que en sí misma manifiesta el poder de la palabra³.

Ahora bien, la piedad nos ha hecho reconocer en la naturaleza divina la existencia de un Espíritu, lo mismo que también se ha reconocido la existencia de un Verbo de Dios. La razón es que el Verbo de Dios no debe ser inferior al nuestro, y lo sería si creyésemos que a éste le acompaña un hálito y al otro [el Verbo de Dios] lo considerásemos sin Espíritu. Pero sería indigno de la divinidad creer que, a semejanza de nuestro hálito, a Dios le afluye también de fuera un hálito ajeno y en Él se convierte en el Espíritu. Al contrario, cuando escuchamos la expresión «Verbo de Dios», no creímos que el Verbo fuera algo sin consistencia, ni resultado de un saber adquirido, ni algo proferido mediante la voz, o que, una vez pronunciado, se diluye, ni nada susceptible de tantos accidentes como pueden contemplarse referidos a nuestra palabra, sino que lo hemos concebido como algo subsistente, con libre albedrío, activo y omnipotente.

Y así, una vez aprendida la existencia de un Espíritu de Dios, que acompaña al Verbo y manifiesta su activi-

dad, tampoco lo entendemos como soplo del respirar. En efecto, sería rebajar la grandeza del poder divino, si concibiéramos el Espíritu que hay en Dios al modo de nuestra respiración. Al contrario, lo consideramos como fuerza substancial en sí misma, con subsistencia propia, inseparable de Dios, en el que está, y del Verbo de Dios, al que acompaña, y que no se reabsorbe en la inexistencia, sino que, a semejanza del Verbo de Dios, tiene existencia substancial y libre albedrío, se mueve por sí mismo, es activo, en toda ocasión elige el bien y, para realizar su propósito, dispone de un poder adecuado a su voluntad.

VII

Unidad y personas distintas

Por consiguiente, quien escudriña cuidadosamente la hondura del misterio puede captar en su alma, de manera inefable, cierta modesta inteligencia de la doctrina relativa al conocimiento de Dios, pero sin poder esclarecer con la palabra la inexpresable profundidad de este misterio: cómo es que la misma cosa es numerable y a la vez escapa a la numeración, y cómo es que se la ve separadamente y al mismo tiempo la concebimos como unidad, y cómo es que está sujeta a distinción por el concepto de persona y no está dividida en la substancia.

VIII

Qué es una persona

Efectivamente, el concepto de persona distingue al Espíritu del Verbo, y también a Aquel de quien son el Espíritu y el Verbo. Pero, una vez que hayas comprendido lo que les distingue, verás también que la unidad de la naturaleza no admite la partición, de modo que la

fuerza de la única soberanía no puede dividirse fraccionada en diferentes divinidades, ni tampoco la doctrina confundirse con la creencia judía, sino que la verdad debe avanzar por el medio entre ambos conceptos, eliminando de cada uno los errores y aprovechando lo útil⁴. En efecto, la creencia del judío se purifica con la aceptación del Verbo y con la fe en el Espíritu, mientras que el error politeísta de los paganos desaparece cuando el dogma de la unidad de naturaleza elimina la fantasía de la pluralidad.

Pues bien, insistimos: de la concepción judía, manténgase la noción de la unidad de la naturaleza, pero de la creencia pagana solamente la distinción de las personas, y así, por uno y otro lado, se remedian adecuadamente las nociones impías, ya que el número de la Trinidad es algo así como la cura de los que yerran acerca de la unidad, mientras que la doctrina de la unidad lo es de cuantos andan dispersos en la pluralidad.

IX

La Trinidad en la Escritura

Ahora bien, si el judío contradice esto, tampoco nos resultará ya difícil la respuesta desde su propia postura, puesto que las enseñanzas que le han alimentado pondrán de manifiesto la verdad. Efectivamente, la existencia de un Verbo de Dios y de un Espíritu de Dios,

entendidos como potencias substanciales en sí⁵, creadoras de todo lo que ha sido hecho y que abarcan a todos los seres, quedará más claramente demostrada por las Escrituras inspiradas por Dios. Pero baste recordar un solo testimonio, y dejemos a gente más aplicada el hallar muchos más.

Por el Verbo del Señor —dice la Escritura— *fueron creados los cielos, y todo su ejército por el Espíritu de su boca*⁶. ¿Por qué Verbo y por qué Espíritu?, ya que ni el «Verbo» es «voz», ni el «Espíritu» es «hálito», porque sería dar a la divinidad un carácter humano, a semejanza de nuestra naturaleza, si enseñasen que el Creador del universo se ha servido de un verbo y de un espíritu de ese género.

¿Y qué clase de potencia proveniente de voces o del hálito es tal que baste para organizar los cielos y los ejércitos que los pueblan? Porque, si el Verbo de Dios es semejante a nuestra voz, y su Espíritu semejante a nuestro hálito, su potencia, por proceder de elementos semejantes, tendría que ser también enteramente semejante, y el Verbo de Dios tendría exactamente la misma potencia que tiene nuestra palabra. Ahora bien, nuestras voces son ciertamente ineficaces e inconsistentes, lo mismo que el hálito que se expele con ellas.

La misma inoperancia e inconsistencia suponen por fuerza en el Verbo y en el Espíritu quienes rebajan la divinidad hasta asemejarla a nuestra palabra. Pero si,

como dice David, los cielos fueron creados por el Verbo del Señor, y sus ejércitos tuvieron consistencia por obra del Espíritu de Dios, entonces claramente queda establecido el misterio de la verdad, que nos hace comprender la noción de un Verbo y de un Espíritu substanciales⁷.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2024

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2024 [@escritores de iglesia](#) [+ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA](#)